

Sensacionalismo y sensatez en arquitectura

Luis Borobio.

Muy raras veces la arquitectura pasa al primer plano entre las comidillas ciudadanas. Rara vez el público municipal y espeso se apasiona por un acontecimiento arquitectónico y lo hace dentro de sus comentarios y discusiones como si se tratara de un golpe de estado o de un partido de fútbol.

Este fenómeno se ha dado últimamente en Colombia con motivo del edificio que AVIANCA—la empresa de Aviación más antigua de América—va a construir en el corazón de Bogotá.

Se trata de un concurso de arquitectos cuyos proyectos y maquetas—expuestos al público—han removido la opinión pública, suscitando multitud de polémicas orales y escritas.

En todo ello ha influido notablemente la ubicación del futuro edificio, en el punto más céntrico de la capital; la calidad excepcional de los proyectos; la exposición al público de las maquetas de escala generosa y lujo de detalles que metían por los ojos la arquitectura, y, sobre todo, el carácter sensacional del proyecto premiado.

Todo el mundo habla de este proyecto que, antes de comenzar a construirse, adquiere ya tintes de construcción legendaria.

Los periódicos, la radio, la televisión cantan sus excelencias.

Porque, efectivamente, es sensacional.

Es sensacional por su extraordinaria talla, que le permitirá levantar su cintura sobre los más soberbios colosos capitalinos.

Es sensacional por su presupuesto de cincuenta millones, que recorre como un escalofrío toda nuestra espina dorsal.

Pero, sobre todo, lo es por la audacia de su sistema constructivo y por la orgullosa magnificencia de su ropaje estético.

El edificio que se va a construir será un colosal monumento a AVIANCA: se erigirá como un símbolo. Bogotá tendrá, en él, un motivo de orgullo que impondrá su ostentoso sello característico a la ciudad. Y la historia de la construcción lo citará como un notable jalón en su camino.

PLANTEAMIENTO

AVIANCA iba a hacer su edificio en el corazón de la ciudad, y convocó un concurso entre las empresas constructoras más prestigiosas de Colombia.

El terreno está situado en la esquina noroeste de la plaza de Santander, frente al señorial y ostentoso Banco de la República, junto a las iglesias coloniales—amables y recoletas—de San Francisco y la Tercera, y siguiendo las alineaciones de la carrera 7.^a—arteria principal capitalina—y la calle 16.

El escenario estaba hecho. Era un escenario mag-

nífico, y podía aprovecharse para la arquitectura. Parecía sensato aprovecharlo.

Sí, se podía aprovechar. Pero también se podía romper con él, dando el grito sensacional de un solista señero que domina y acalla toda la orquestación.

Eran dos posibilidades correspondientes a dos criterios antagónicos. El proyecto premiado (obra de los arquitectos Samper, Carrizosa y Prieto, con asesoramiento estructural de Domenico Parma) es el más claro exponente de este segundo criterio. Consta, principalmente, de una torre de 20 × 40 metros de planta y casi 150 metros de altura. Sus alardes constructivos y sus características estéticas pueden verse en la documentación que publicamos aparte.

Y para concretar el criterio urbanístico e integrador voy a elegir el proyecto que elaboraron los arquitectos Serrano, Largacha y Bermúdez, al cual lo ilustramos con algunos dibujos que acompañan este artículo.

LO QUE PARECE SENSATO

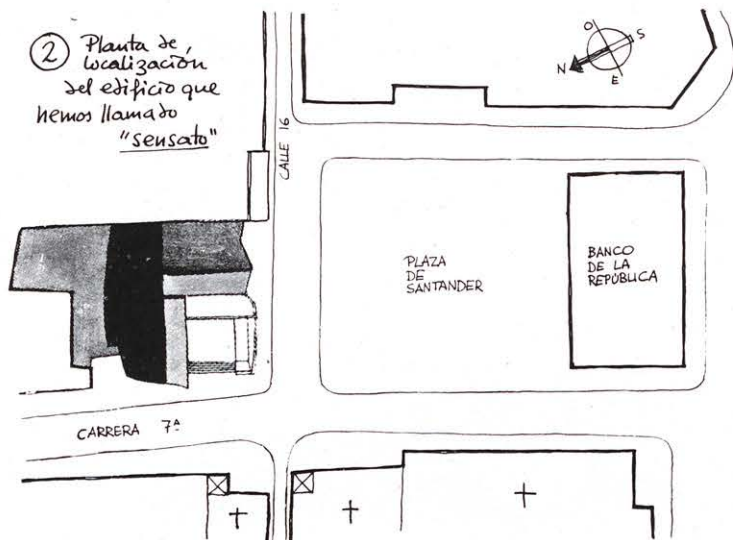
Vamos, pues, a vivir el escenario y a encariñarnos con él. Vamos a tratar de valorarlo. Vamos a sacarle el máximo rendimiento para que enriquezca—él también—nuestra arquitectura. (Llevamos en la mano el proyecto que hemos elegido como representante de este criterio):

Los dos templos coloniales—modestos, limpios, humanos y acogedores—nos miran tímidamente y observan nuestra actitud (dibujo 4). Nuestro edificio, respetuosamente, se separa y les ofrece una plazoleta hundida para enriquecer sus puntos de vista, y un espejo de agua en donde puedan contemplarse. Formando esa plaza, hace un amago de abrazo protector. Sobre las piedras venerables y añosas se levanta un dosel gigantesco y sencillo que realza su humildad. El edificio, también, gana en majestad con esa pincelada de contraste que representan las iglesias coloniales: hace suya su amable paz. La plazoleta—en el regazo del edificio, junto a los templos—ofrece, con su cambio de nivel, tres plantas comerciales de acceso directo para el público, y un remanso de tranquilidad junto al tráfico tumultuoso de la carrera 7.^a

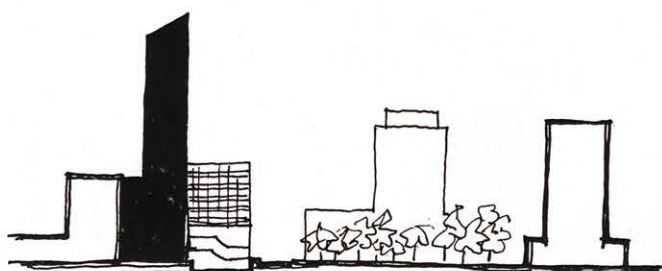
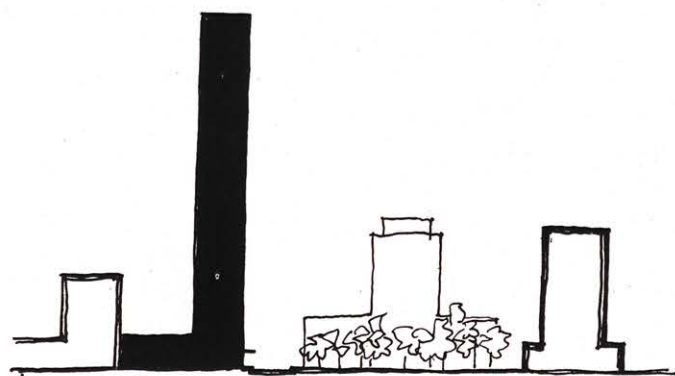
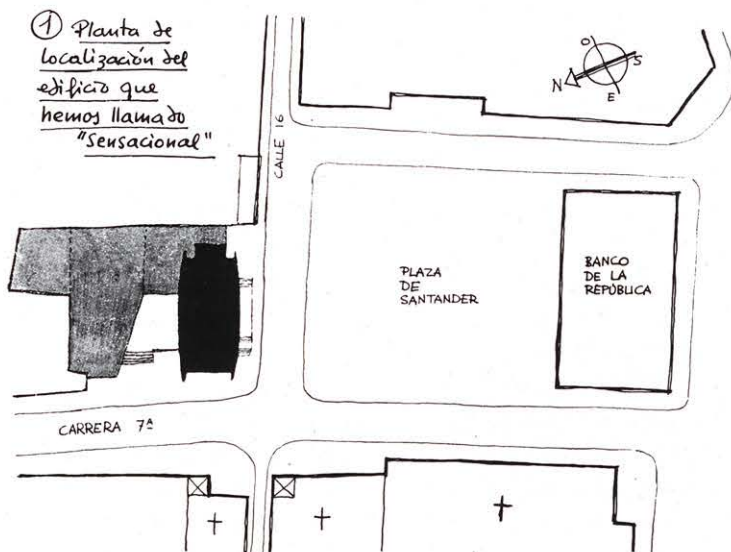
Noble y amablemente encorvado sobre el parque de Santander, la colosal pantalla lo domina sin orgullo. El retranqueo en la alineación de la calle 16 tranquiliza al Banco de la República, que así no se siente inquieto; tanto la ubicación como la forma del bloque, permite que, entre los dos colosos no se establezca un pugilato, sino un diálogo. Nuestro edificio es mucho más alto; pero no humilla a nadie.

Cuando vamos por la carrera 7.^a hacia el Norte, el monumental dosel va siendo un jugoso telón de

② Planta de localización del edificio que hemos llamado "sensato"



① Planta de localización del edificio que hemos llamado "Sensacional"



③ Comparación de secciones longitudinales de la plaza de Santander, correspondientes a los dos proyectos a los que se refiere el artículo

fondo para las variantes perspectivas, y, al cabo, nos detiene en la paz de la plaza.

Cuando recorremos la carrera 7.ª hacia el Sur (dibujo 5) el edificio se levanta como colofón final en el ritmo irregular de cornisas de las construcciones que le preceden. Nos muestra unas espaldas limpias y bellas, paternalmente inclinadas hacia la amable zona verde a la que nos dirigen.

Están estudiados todos los rincones y todos los puntos de vista para que nuestro edificio se enriquezca con el escenario existente, y, a su vez, lo enriquezca con su presencia. Y lo valore. E integre en un solo conjunto sus distintos aspectos.

El criterio adoptado parecía sensato. El proyecto que hemos elegido para representarlo se ha ajustado a él fielmente, con inteligencia y con sensibilidad. Y, además, ha resuelto con claridad el buen funcionamiento de sus plantas, la pureza en la zonificación y el máximo rendimiento comercial de las áreas. Siguió, con paso firme y hasta el fin, uno de los posibles caminos.

Pero no era el único camino.

LO SENSACIONAL

No, no era el único, y prueba de ello es que el proyecto premiado siguió otro camino completamente diferente. Con él de la mano, vamos a levantar el monumento a AVIANCA del que hablábamos al comenzar el artículo:

El coloso sensacional necesita un sensacional anclaje en el suelo. Los espectadores, atónitos, ven como la tierra se va tragando—una a una—las plantas del edificio, que—estando echas en la superficie—pasan a ser sótanos. De allí emergen unas guías verticales que apuntan al cielo, suben al cielo, se clavan en el cielo. Trepando por ellas, los pisos van surgiendo en grupos de cinco, y después, con cables y grúas, se levanta cada uno hasta la altura que le corresponde. Toda la ciudad contempla asombrada el espectacular crecimiento del gigante, que levanta su grandiosidad sobre la humillación de sus vecinos. Sus aristas poderosas lo asientan en la tierra con imperio. Y su verticalidad cortante constituye una ostentosa negación a los brazos abiertos. La textura enhiesta de sus fachadas se hiergue soberbia—sin nada que la cierre por arriba—en actitud de peinar las nubes. La convexidad de la planta repele al mundo circundante: lo desprecia. Y así el volumen hiende las alturas cerrando su curvatura sobre sí mismo.

Todo el aspecto exterior estético es una pujante expresión de su magnificencia señora e insular.

UN DIALOGO DESCONCERTANTE

Yo me quedé pensando en los proyectos—ambos magníficos—que de formas tan diferentes se planteaban el mismo problema. Sin quererlo, los comparaba y los enfrentaba en mi cabeza y en mi co-

razón. El uno me parecía a primera vista—ya lo he dicho—más sensato. El otro es—indudablemente—más sensacional. Los dos, en mi fuero interno, mantuvieron esta incisiva discusión:

El sensato: Si tenemos unos elementos a nuestro alrededor, es lógico que los aprovechemos: Mi belleza integra en sí misma todas las bellezas adyacentes, mientras que la tuya, al prescindir de ellas, pierde una aportación utilísima, y, consecuentemente, no adquiere la plenitud de sus posibilidades.

El sensacional: Mi belleza y mi grandiosidad está en sí misma y no en los demás. No necesito de la ayuda de nadie para ser magnífico; pero no por eso prescindo de lo que me rodea: Me trepo sobre lo existente: Mi plenitud está en su humillación.

El sensato: ¿No te das cuenta de que al humillar a esas amables iglesitas coloniales estás destrozando su belleza?

El sensacional: ¿Y para qué quiero yo esa belleza?

El sensato: Aunque tú no la quieras para nada, no tienes derecho a robársela a los ciudadanos.

El sensacional: Los ciudadanos no tienen derecho a quejarse: si les quito una belleza vetusta, es para ofrecerles en cambio mi belleza lozana y pujante.

El sensato: Pero no sólo deshaces la belleza de ese grupito arquitectónico venerable, sino que también destrozas el valor estético de todos los edificios y rincones que te rodean: humillas al Banco de la República, desarticulas el ritmo de la carrera Séptima, aplastas el ambiente de la plaza de Santander. Toda la ciudad sale perjudicada; dislocas su conjunto y descompones sus más vitales valores estéticos y humanos.

El sensacional: Dices que toda la ciudad sale perjudicada; pero tú sabes muy bien que, por el contrario, la ciudad está orgullosa de mí. Yo le doy realce, le imprimo mi sello. Yo seré para Bogotá lo que la torre Eiffel es para París lo que la cúpula de San Pedro es para Roma.

El sensato: Eso no es una mejora urbana, sino un pregón publicitario.

El sensacional: Pero la publicidad es altamente beneficiosa para la ciudad: estimula el turismo, la enriquece, valoriza sus atractivos...

El sensato: Sin embargo, no procuras que los ciudadanos vivan mejor y destrozas el calor ambiental de sus calles... No haces sino adular la vanidad de los necios.

El sensacional: Pero cuando esos "necios" constituyen una inmensa mayoría, ya no podemos hablar de necesidad. Si conmigo está contenta esa mayoría, lo que tú llamas "adular la vanidad" viene a ser "velar por el bien común".

El sensato: Yo sé que no estás en lo cierto. Yo sé que hay algo que no está bien en lo que tú dices. Pero quiero pasar la discusión a otro punto: Tú y yo estamos hechos para servir los intereses de AVIANCA. Debemos buscar la máxima rentabilidad



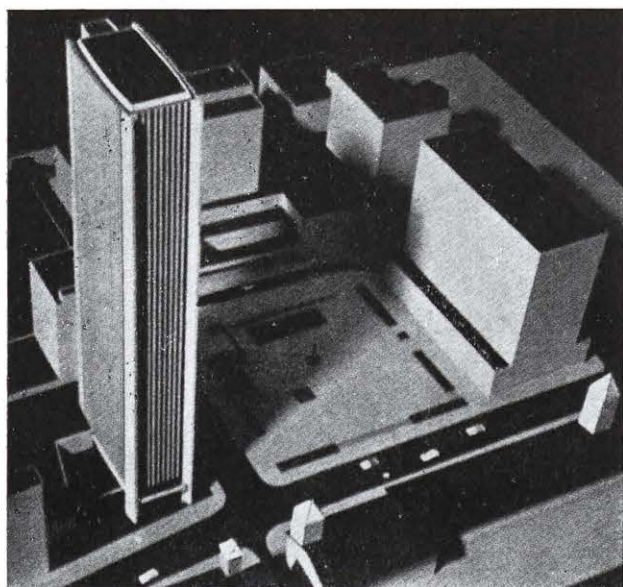
④ El edificio desde la plaza de Santander

de los locales, y el mejor funcionamiento del conjunto, con la distribución más adecuada y la correcta relación de áreas. Yo lo hago así: procuro que mi servicio a AVIANCA y a todos los hombres que albergaré en mis entrañas sea lo más eficiente posible. En cambio tú—por causa de un sensacionalismo loco—sacrificas el servicio que debes prestar y que es la razón de tu existencia.

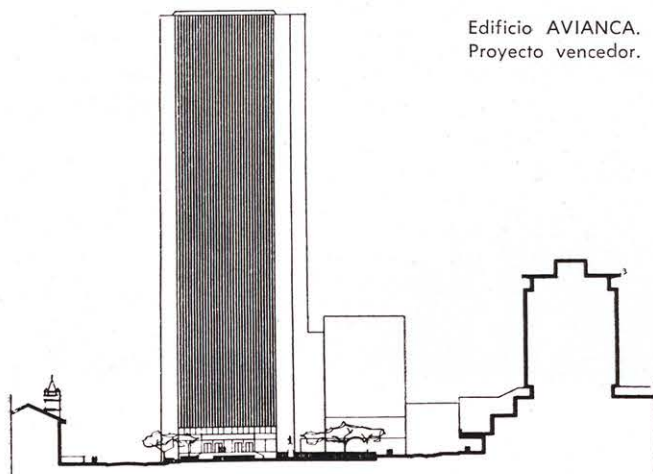
El sensacional: Eso crees tú. Pero ¿qué gana o qué pierde AVIANCA por el hecho de que las oficinas estén un poco mejor o un poco peor distribuidas? ¿Qué beneficios se obtienen por el hecho de tener que encender la luz artificial una hora antes? Es verdad que hay algunos beneficios en todo ello; pero son pequeños. Relativamente, muy pequeños. No merece la pena preocuparse por ellos. Yo busco también el beneficio de la empresa a la que sirvo, pero por un camino mucho más eficaz: Mi efigie saldrá reproducida en las principales revistas del mundo. Todas las guías de turismo publicarán mi retrato. Se hablará



⑤ las espaldas del edificio, desde la carrera 7ª



El edificio y el medio urbano.



Sección del parque.

Edificio AVIANCA.
Proyecto vencedor.

Edificio AVIANCA.
Proyecto "sensato".



del edificio AVIANCA en Bogotá como se habla del edificio Pirelli en Milán. Las acciones de la empresa subirán automáticamente. Seamos objetivos: ¿qué le importa a AVIANCA el tener o el dejar de tener una plazoleta con un espejo de agua?

Conforme avanzaba este diálogo, crecía mi descontento. Yo me iba afirmando más en mi simpatía por "el sensato"; pero, a la vez, sentía que "el sensacional" tenía una fuerza aplastante en sus argumentaciones... Hay un fallo indudable en todo este proceso, y ese fallo no podemos buscarlo en las meras soluciones arquitectónicas, ni en la dialéctica con que se apoyan. La cuestión es mucho más profunda: Está en la estupidez de los hombres, y en la psicología social que ha establecido un orden de valores insensato. Insensato; pero absolutamente acreditado e irremovible.

Yo llegué a pensar: "Es verdad que el mundo es insensato; pero no podemos prescindir de su insensatez. Es una realidad de la que, necesariamente, tenemos que partir. Establecida la insensatez del mundo, un proyecto sensacionalista es lo más sensato que puede hacerse."

UNA LLAMADA A LA CORDURA

Llegué a pensarlo y no supe rebatirme. Pero, en mi fuero interno, estaba convencido de no estar en lo cierto.

Unos días más tarde vino a aclarar mis ideas una noticia publicada por los periódicos: "La Beneficencia de Cundinamarca levantará en Bogotá edificio de cincuenta pisos."

La enfermedad es contagiosa. El mal se propaga. Al propagarse, lo sensacional se hace hábito, con lo que pierde su sensacionalismo. Y, con él, pierde su eficacia.

El hecho de que el mundo sea insensato no justifica el que estimulemos su insensatez; y el temor a que quizá no seamos oídos, no nos exime de hacer nuestra llamada a la cordura.

Si ponemos todo nuestro esfuerzo en construir el edificio más alto de Bogotá o en introducir las técnicas constructivas más audaces del mundo, nuestra victoria se convertirá en derrota en el momento en que se construya un edificio un poco más alto o más sensacional que el nuestro, lo cual puede ocurrir siempre y, de hecho, ocurrirá en seguida.

Pero si, por el contrario, nuestro empeño va dirigido a resolver cabalmente el problema arquitectónico concreto, buscando la mejor solución a las necesidades estéticas, funcionales, constructivas y urbanísticas, nadie podrá quitarnos nunca la gloria de haberlo hecho.

Y la empresa a la que servimos recibirá de nosotros un beneficio mucho más estable. Y el conjunto de la ciudad también saldrá beneficiado. Y la Humanidad entera.

Y pondremos un poco más de amor en el mundo.